

mado su resolución. La Cámara votó el nuevo proyecto con las expresadas enmiendas; y siete días después, creyendo haber triunfado del gobierno, aprobó los presupuestos. Pero, una vez obtenida la ley de hacienda, el gobierno dió carpetazo á la ley electoral, que no fué sometida á la Cámara de los pares. En los presupuestos para el año 1816, los gastos y los ingresos estaban equilibrados, ascendiendo unos y otros á la igual suma de ochocientos millones. Estos presupuestos eran una obra seria y concienzuda, y hay que hacer justicia á la Cámara realista de 1815, diciendo que de todas las Asambleas convocadas desde la caída de la República ella fué sin duda la que se mostró más económica y mejor guardadora de los fondos del Estado. Compuesta en gran parte de propietarios, simples contribuyentes, hombres apasionados, pero de una probidad indiscutible y que desempeñaban escrupulosamente su papel de censores de los gastos públicos, su condición excepcional imprimió á sus trabajos financieros una rectitud y una rigidez que hasta les hicieron sobrevivir á la caída de la segunda Restauración.

Por aquel entonces, una sociedad católica, conocida con el nombre de *Congregación*, después de haber sido en sus principios una especie de comunidad de seglares que se protegían mutuamente contra las persecuciones de la Revolución, y se reunían para entregarse secretamente á las prácticas del culto católico, cuando el ejercicio público de este culto estaba prohibido, fué adquiriendo influencia y se transformó en sociedad política, merced á la adhesión de un gran número de diputados, que se reunían para conferenciar sobre los asuntos corrientes en los salones del abogado Piet. Ensanchada la base de la *Congregación*, sus jefes resolvieron utilizar su influencia, no ya en provecho solamente de la asociación, sino de los intereses generales del catolicismo; y á partir de aquel momento (últimos días de 1815), todos sus esfuerzos tendieron á hacer que la Cámara restituyese al clero el poder que había perdido.

La Cámara, casi todos los días, celebraba dos sesiones, una pública á las doce, en que se discutían las medidas legislativas propuestas por el gobierno, y otra secreta, á continuación de la primera y consagrada al examen de las proposiciones debidas á la iniciativa de los diputados. De éstas eran numerosas las que tenían por objeto el restablecimiento del poderío clerical. Desde luego, los congregacionistas obtuvieron un aumento de cinco millones en la cantidad asignada al clero en los presupuestos, é hicieron que las pensiones señaladas á los numerosos curas que se habían casado durante la Revolución sirviesen en lo sucesivo para aumentar el sueldo de los eclesiásticos. La Cámara concedió después á éstos y á los establecimientos religiosos, por medio de una ley, la facultad de recibir, en virtud de donación ó testamento, toda especie de bienes muebles é inmuebles, y acordó que los detentadores de antiguos bienes del clero que los restituyeran voluntariamente en el plazo de un año á contar desde la fecha

de la promulgación de la ley, tendrían derecho á que se les condonara totalmente los intereses, frutos y rentas percibidos, y estarían al abrigo de toda indemnización ó de cualesquiera daños y perjuicios que resultasen, tanto de caso fortuito como de mala administración.

Este último acuerdo implicaba la idea de una restitución de los bienes nacionales, y fué desechada por la Cámara de los pares, lo mismo que la facultad de hacer donación de bienes á los confesores. En cambio, esta misma Cámara adoptó el principio de la proposición, que venía á restablecer los bienes de manos muertas. Faltaba devolver al clero sus antiguos y numerosos bienes, que estaban en manos del gobierno, y el gobierno mismo, en su deseo de tener propicio al Parlamento, presentó un proyecto de ley que restituía los bienes del clero *aún no vendidos*; proyecto que, naturalmente, fué aprobado. Otro de los triunfos de los congregacionistas fué la abolición del divorcio, que hizo aprobar por ambos cuerpos colegisladores; y los diputados clericales habían hecho adoptar ya por la Cámara electiva, en una de sus sesiones secretas, dos proposiciones encaminadas á poner en manos del clero el registro civil y las Universidades, cuando, dos días después de la votación de los presupuestos, el duque de Richelieu y el conde Corvetto leyeron respectivamente en la Cámara de los pares y en la de diputados una real orden que declaraba terminada la legislatura de 1815 y fijaba la apertura de la próxima para el 1.º de octubre de 1816.

Una vez desembarazados de la Cámara electiva, los dos miembros influyentes del gabinete, Richelieu y Decazes, se ocuparon en separar del ministerio al individuo que en él representaba, en cierto modo, los proyectos y las pasiones de la Asamblea, y del cual hacía tiempo que deseaban verse libres. Vaublanc fué reemplazado en el ministerio del Interior por Lainé, presidente de la Cámara, y se aprovechó aquella modificación parcial del gabinete para devolver la libertad á Barbé-Marbois. De inteligencia nada superior y de carácter débil, el ministro de Justicia, á quien asustaban las borrascas parlamentarias, deseaba volver á la tranquila prebenda de primer presidente del Tribunal de cuentas que había tenido buen cuidado de dejar vacante; pasó de nuevo á esta presidencia, siendo reemplazado interinamente en el ministerio por el canciller Dambray. Pero Barbé-Marbois ocasionó con su retirada la caída del relator Guizot, que bajo su administración, como bajo la de Pasquier, había llevado la dirección efectiva del ministerio de Justicia. Sus servicios no pudieron compensar su condición de protestante á los ojos del beatísimo canciller. Guizot tuvo que ceder el puesto á Trinquelague, que le sucedió con el título de subsecretario de Estado.

El ministerio creía poder disfrutar al fin de un poco de tranquilidad, cuando recibió la noticia de haber estallado una sangrienta insurrección á las puertas de Grenoble.

CAPITULO QUINTO

Sucesos de Grenoble.—Pablo Didier.—La asociación de la Independencia Nacional.—Didier en el Delfinado.—Cuadro moral de Francia á principios de 1816.—Prisiones y destierros. Destrucción de emblemas y recuerdos de la época imperial; hoguera, danzas y cantos en Orleáns. Registros domiciliarios. Destituciones.—Esfuerzos de Didier para organizar un levantamiento en favor del duque de Orleáns; se ve obligado á invocar el nombre de Napoleón II. Organización definitiva de la insurrección. Plan de ataque contra Grenoble. El general Donnadieu, el conde de Montlivault y Armando de Bestard. Marcha de los insurrectos. Disposiciones tomadas por el general Donnadieu. Los insurrectos llegan á la puerta de Bonne; son rechazados y perseguidos por la tropa al mando del coronel Vautré. Primeros despachos del general Donnadieu. Carta del coronel Vautré. Reunión del tribunal prebostal, que pronuncia tres sentencias de muerte; ejecución de dos de los sentenciados. Primer parte telegráfico enviado de París á las autoridades de Grenoble. Circular de Decazes á quince prefectos. El departamento del Isère es declarado en estado de sitio. Bandos del general y del prefecto. Constitución de un consejo de guerra que pronuncia veintuna sentencias de muerte. Indulto pedido á favor de ocho reos; catorce de éstos son pasados por las armas. El gobierno niega los indultos. Nueva ejecución de ocho sentenciados á la pena capital.—Investigaciones practicadas en París á consecuencia de estos acontecimientos. Prisión del general Thiard.—Huida de Didier á la Saboya; su captura y su extradición. Es juzgado y condenado á muerte por el tribunal prebostal; sus últimas palabras y su ejecución.—El duque de Orleáns.—Anuncio del descubrimiento de una nueva conspiración.—Proceso y sentencia de los patriotas. Ejecución de Plaignier, Carbonneau y Tollerón. Tormento de la argolla.—Criminal complicidad del gobierno.

Paul Didier, abogado, escritor, hombre de arriesgadas empresas, partidario de la familia de Orleáns, trabajó durante muchos años en favor de la rama segunda de los Borbones. A pesar de la restauración de Luis XVIII, se puso en relaciones con varios generales del ejército del Loira, á fin de que tomaran la iniciativa de una vasta insurrección nacional. Pero asustados en vista de la desorganización que reinaba en torno de ellos, así como de las desdichas que podía ocasionar á Francia una guerra civil, cuyo objeto no acababan de comprender, desecharon todas aquellas proposiciones. La disolución y licenciamiento del ejército del Loira, por una parte, y, por otra, la ocupación del territorio francés por 1.200.000 soldados extranjeros, detuvieron á Didier en su tentativa. Pero en París, donde residía, su irritación fué aumentando en el contacto con los adversarios del gobierno y con el lamentable espectáculo de los excesos de la invasión y de las ejecuciones que siguieron al retorno de Luis XVIII. Resuelto á proseguir la marcha emprendida, Didier procuró entrar en relaciones con el príncipe por cuya causa se tomaba tanto interés; pero avistarse entonces con el duque de Orleáns no era cosa fácil. Este se mostraba tanto más reservado cuanto que los proyectos en que había figurado su nombre eran muy recientes, y que las esperanzas puestas en su persona tenían más despiertas las suspicacias del rey. Sin embargo, una circunstancia le puso en contacto con Didier.

En virtud de una real orden de 6 de octubre de 1815, los príncipes de estirpe real tenían asiento en la Cámara de los pares. El día 12, el duque de Orleáns fué nombrado presidente de la tercera comisión. En la sesión de ese día, los señores de Polignac y Labourdonnaie-Blossac se negaron á prestar juramento. Contra la opinión del duque de Fitz-James, el duque de Orleáns se opuso á que se consignasen en acta los motivos alegados por aquéllos en apoyo de su resistencia. El día siguiente, en la discusión del Mensaje, el príncipe apoyó, contra la opinión del conde de Artois y del duque de Berry, diferentes cambios de redacción destinados á dar al lenguaje de la Cámara un carácter más

sosegado. Aquella actitud fué, desde la misma tarde, objeto de todas las conversaciones políticas. Los amigos del príncipe insistieron en que se diese la mayor publicidad posible á las palabras que había pronunciado, á fin de aumentar su popularidad. Las sesiones de la Cámara de los pares eran secretas; la censura, además, no hubiera permitido que los periódicos publicasen el menor análisis favorable á las opiniones sostenidas por el duque; tratábase de encontrar un hombre resuelto que quisiese publicar una reseña de las sesiones en forma de folleto; M. Pieyre, ex prefecto del Loiret y uno de los concurrentes al Palais-Royal, recibía de vez en cuando la visita de Didier, que era paisano suyo, y le propuso dicha publicación. Didier se comprometió á ello; recibió de manos de M. de Grave las notas manuscritas, dictadas por el duque, y aquella misma noche se entendió con un impresor. Pero en tanto que él activaba el trabajo, desencadenábase en las Tullerías una verdadera tempestad contra el duque de Orleáns: el lenguaje por él empleado en la discusión del Mensaje tenía fuertemente irritados á los cortesanos, que le acusaban de revolucionario. La policía encargada de vigilar la prensa descubrió la impresión de la reseña de las dos sesiones, de la cual se preparaba, según decían, una distribución clandestina. El clamoreo que con tal motivo se levantó fué enorme. Luis XVIII, cediendo á los gritos de sus cortesanos, hizo transmitir en seguida al duque, por conducto del ministro de la policía Decazes, la orden de salir inmediatamente de París y marchar á Inglaterra. Era el día 17; el folleto estaba compuesto é iba á entrar en prensa, cuando una persona del palacio real se presentó en la imprenta, cogió el manuscrito en nombre del duque, pagó el gasto é hizo destruir los moldes. El 18, cinco días después de la discusión del Mensaje, el duque de Orleáns salió de París y tomó el camino de Londres.

Didier no perdió los ánimos; los actos, cada vez más violentos, de los ministros y de la Cámara, por lo mismo que sembraban el terror ó la desesperación en todas las clases de la sociedad, hacían crecer á sus ojos el número de ciudadanos dispuestos á derribar al Go-

bierno. Parecido en esto á todos los conspiradores, Didier recogía con avidez las quejas y amenazas que oía doquiera él mismo manifestaba sus iras, creyendo ver un cómplice en cada individuo descontento. Hasta creyó, ó aparentó creer, que Talleyrand y Fouché, el uno relegado á un empleo palatino y el otro semiproscrito en la embajada de Dresde, conspiraban para destronar á Luis XVIII y poner en su lugar al duque de Orleans. Lo cierto es que á últimos de diciembre de 1815 le pareció á Didier que el momento era propicio para un movimiento insurreccional, por cuanto las principales fuerzas de la coalición internacional acababan de salir de Francia y las tropas que el Gobierno estaba organizando no eran muy temibles. Se fué á Lyon, propalando la noticia de que Talleyrand y Fouché acababan de constituir una vasta asociación política con el nombre de *Independencia nacional*; que esta asociación que tenía por objeto restituir á Francia su gloria y su grandeza perdidas, arrojar á Luis XVIII del trono y poner en su lugar al primer príncipe de la regia estirpe, y que habían salido de París diez y siete comisarios con la misión de iniciar un movimiento general en los departamentos.

La presencia de Didier en Lyon fué señalada por los periódicos de París á principios de enero de 1816, unos quince días después de haber sido presos como conspiradores en aquella ciudad seis individuos acusados de celebrar reuniones secretas bajo la presidencia del fogoso orleanista. Uno solo de los presos, el llamado Rosset, fabricante de papeles pintados, había visto á Didier, y confesó sus entrevistas con él, después de haber manifestado los rumores que éste hizo correr sobre la constitución de la *Asociación nacional* y el papel de Fouché como supuesto agente de la facción de Orleans en el extranjero. La instrucción más minuciosa no pudo descubrir sino que Rosset tuvo con Didier algunas simples conversaciones de corta duración. Olvidado con sus coacusados en la cárcel, donde le tuvieron incomunicado durante tres meses, el fabricante de papel se vió obligado á dirigir á la Cámara electiva una instancia en que, quejándose de haber sido preso sin motivo alguno, pedía que le juzgasen ó que le pusiesen en libertad. A pesar de ser desestimada en la sesión del 26 de abril, dicha instancia produjo su efecto. Rosset y sus coacusados fueron llevados, el 26 de agosto siguiente, ante la Audiencia de lo criminal del Ródano. La acusación fiscal ofreció un singular ejemplo de la exageración, mezcla de pasión y de ignorancia, á que se entregaba con harta frecuencia la magistratura, en su afán de ascender. La acusación carecía en absoluto de fundamento; el fiscal Chantelauze habló, sin embargo, horas enteras tratando de probar que los acusados formaban parte de una vasta asociación de conspiradores que envolvía enteramente á la monarquía y tenía por jefes á Fouché, Carnot y Talleyrand. ¡Extraña amalgama de nombres!, pues Fouché vivía retirado en Praga, Carnot en Varsovia y Talleyrand en su posesión de Valençay. A pesar de la violencia de la acusación, á pesar del rigor de las nuevas leyes, á pesar de los furros de la época y del apasionamiento de los jueces, el tribunal absolvió á tres de los acusados, condenando á Rosset y á otro de ellos á diez años de destierro, á igual número de años de vigilancia de la alta policía y á cien mil francos de

fianza cada uno, y el último, que era el doctor Montani, jefe del Hospital de Lyon, á cinco años de cárcel, cinco años de vigilancia, diez mil francos de multa, veinticinco mil francos de fianza y á las costas solidariamente con los otros dos.

Didier había salido de Lyon inmediatamente después de la prisión de Rosset, trasladándose al Delfinado, donde iba de pueblo en pueblo y de aldea en aldea, visitaba á los descontentos, propalaba falsas noticias, prodigaba promesas y procuraba reclutar gente de toda especie para la *Independencia nacional*, engendro de su activa imaginación, que había de desaparecer con él. El Gobierno, con sus excesos, venía á ser el principal cómplice del infatigable conspirador; y la situación á que había llegado Francia en aquella época explica que Didier pudiese reunir, en menos de tres meses y en un solo departamento, los elementos de insurrección que de tiempo atrás procuraba organizar.

Las leyes sobre la suspensión de la libertad individual y sobre los gritos, los discursos y los escritos sediciosos; la creación de los tribunales prebostales; las proposiciones cada día renovadas en la Cámara para el expurgo de todos los ramos de la administración pública, habían impreso una nueva energía á los actos de los comités realistas, que no tardaron en organizar un verdadero sistema de terror. Una palabra tomada en mal sentido, una simple alusión á los acontecimientos políticos presentes ó pasados, la menor queja, bastaban, en muchos puntos, para hacer destituir empleados, prender ó desterrar antiguos militares y paisanos, señalados á la desconfianza ó á la animosidad de los novísimos amigos de la monarquía. Pasiones puramente personales y locales se ocultaban bajo el celo político. Muchas personas honradas se veían de pronto perseguidas en virtud de simples acusaciones de vecinos que codiciaban su empleo ó su industria, ó envidiaban su fortuna y su crédito. Todos los individuos denunciados eran invariablemente señalados como enemigos del Estado, categoría de culpables que Decazes, en una circular dirigida á todos los funcionarios del reino, definía de este modo: «Podéis reconocer al enemigo del Estado en todo hombre que se alegre de los apuros del gobierno ó de la administración...»

Semejantes instrucciones podían hacer prender á la mitad de los habitantes del reino. Algunos cronistas de la época aseguran que los ciudadanos presos durante los últimos meses de 1815 y los ocho primeros de 1816 fueron en número de setenta mil. Las cárceles estaban llenas. En su número del 10 de enero de 1816 el *Diario de los Debates* anunciaba que en una sola cárcel de París, en la militar de la Abadía, se hallaban detenidos, además de sus presos habituales, los generales Belliard, Bertón, Cambronne, Debelle, Decaen, Dróuot, Dufour, Ornano, el almirante Linois, los coroneles Boyer de Peyreleau y Faudoas, el capitán de gendarmes Thomassin y otros. En algunos departamentos las cárceles resultaron pequeñas para el número exorbitante de presos. A fin de hacer puesto en ellas, fué conmutada en destierro la prisión de los encarcelados menos mal vistos. Los agentes de la autoridad estaban facultados, en virtud de una ley de 29 de octubre de 1815, para desterrar, sin formación de causa, á cualquier ciudadano, y el capricho, la tiranía ó el odio de

los prefectos abusaban de semejantes facultades en gran escala. No hubo departamento que no tuviese numerosísimos desterrados pertenecientes á las clases más acomodadas de la sociedad, de modo que los destierros eran causa de lamentables trastornos y de ruinas completas en muchas familias.

Las autoridades de aquella época parecían poseídas de una especie de delirio. Había alcaldes que publicaban bandos prohibiendo á determinados individuos que entrasen en tal ó cual café. El caballero Fitz-James, teniente coronel y comandante de armas de la ciudad de Foix, por medio de otro bando condenaba á ser procesado y fusilado dentro de veinticuatro horas á todo individuo en poder del cual se encontrasen escritos *insidiosos*, no firmados por una autoridad cualquiera reconocida por el rey. Los antiguos federados en cuyo domicilio se encontraban armas ó municiones, aunque no fuesen más que de caza, eran llevados ante un consejo de guerra que había de juzgarlos según las intenciones que tuviese á bien suponerles. M. de Chabrol, prefecto del Ródano, que pasaba por hombre moderado, publicó un bando ordenando á todos los fieles súbditos del rey, empleados, fondistas, taberneros y demás dueños de establecimientos públicos, que *denunciasen* á los individuos que de palabra ó de obra turbasen el orden y propalasen noticias *absurdas* ó rumores injuriosos para el Gobierno. M. de Gasville, prefecto del Eure, no sólo amenazaba destituir y castigar á los alcaldes, comisarios de policía y guardabosques que no hubiesen preso ó hecho prender á los habitantes, forasteros ó simples transeúntes que hiciesen circular noticias absurdas ó alarmantes, ó profiriesen palabras contra la persona del rey, los miembros de su familia ó el Gobierno, sino que ofrecía además una prima en dinero á los gendarmes, guardabosques, guardias nacionales y demás agentes de la fuerza pública que, espontáneamente y sin orden superior, detuviesen á todo individuo que hablase mal del Gobierno ó llevase periódicos ú otros escritos *redactados con mala intención*. El marqués de Villeneuve, prefecto del Cher, creó un *jurado de arrepentimiento*, encargado de fallar sobre la sinceridad de los individuos que en prueba de adhesión á la monarquía solicitaban su admisión en la guardia nacional.

Hubo un momento en que las protestas de arrepentimiento por hechos pasados se convirtieron en una verdadera fiebre; si los diputados lloraban á la lectura del testamento de María Antonieta; si Chateaubriand vertía, en la Cámara de los pares, copiosas lágrimas sobre los crímenes de la Revolución, había también juraban ante Dios omnipotente y sobre el Evangelio que tenían horror al regicidio, que nunca se habían adherido de hecho á los principios impíos y sediciosos profesados en Francia por una minoría facciosa, que reconocían que las plagas con que Dios había azotado al país durante los últimos veinticinco años eran un justo castigo, y que lo que más sentían era no haber podido derramar hasta la última gota de su sangre para impedir la muerte de Luis XVI. Para vengar esta muerte, el conde Máximo de Choiseul, prefecto de la Côte-d'Or, mandó que el 21 de enero de 1816, día de su aniversario, después de salir de la misa mayor, las autoridades de todos los municipios del departamento

hiciesen derribar solemnemente los árboles llamados de la Libertad. Y un mes después, el barón de Talleyrand, prefecto del Loira, procedía con toda solemnidad, en la principal plaza de Orleans, á un extraño auto de fe. Al pie de un mástil rematado con un retrato de Napoleón se amontonaron cuadros, estampas, escudos, libros, estatuas y bustos de la época imperial y se les prendió fuego. En torno de la inmensa hoguera y á los acordes de una música militar, las autoridades con sus insignias, los magistrados con sus togas encarnadas, la guardia nacional con sus vistosos uniformes y una parte del pueblo, asidos de la mano, bailaron y cantaron hasta que se extinguió el fuego. Recogieron después las cenizas y las fueron á echar solemnemente al Loira.

Los funcionarios de todas clases y categorías eran pródigos en registros domiciliarios, que solían operarse con gran aparato de fuerza pública, ordinariamente con el pretexto de buscar á alguno de los generales proscritos. La menor consecuencia de aquellas pesquisas era la rotura de muebles, atropello de personas y desaparición de valores y papeles de familia. Y ¿qué decir de las destituciones? Algunos autores suponen que éstas no bajarían de cien mil. La reacción recorrió toda la escala administrativa. Cada día los periódicos publicaban la reseña de una nueva causa política, y aquellos procesos, instruidos por la Audiencia de lo criminal, por los consejos de guerra ó por los tribunales prebostales, se fueron sucediendo durante más de un año, teniendo por resultado ordinario sentencias de muerte. Ni los jueces ni los verdugos se cansaban.

Tales eran las circunstancias que Francia atravesaba cuando Didier se propuso organizar un movimiento insurreccional en el Delfinado.

Los numerosos oficiales á media paga y retirados que residían en Grenoble formaban una clase de descontentos á quienes se dirigió en primer lugar el activo conspirador. Muchos de ellos prometieron secundar el movimiento y engrosar las filas de la *Independencia nacional* con la adhesión de la mayoría de sus compañeros y muchos jóvenes de la población, empleados de casas de comercio ó estudiantes de leyes. Didier buscó adeptos en las otras clases de la sociedad; los propietarios, los funcionarios públicos y los negociantes cuyo concurso solicitaba, maldecían con él la invasión y el gobierno que la impuso al país; pero eran pocos los que se atrevían á prometerle su apoyo; la mayor parte de ellos, aun los que más tarde sacaron provecho de su pretendida complicidad, se limitaban á hacer votos y promesas. Lo que más les hacía vacilar era la falta de bandera y de jefe políticos. ¿Cuáles eran los de la *Asociación nacional*, de que oían hablar por primera vez? Hacía doce años que no se pronunciaba el nombre de República, como si estuviese destinado á no pertenecer ya más que á la historia; Napoleón, derribado del trono por las dos Cámaras instituidas para sostenerlo, se hallaba prisionero en un islote de los mares africanos, y su hijo se hallaba en Viena. Didier no pronunciaba en Grenoble más que un nombre, el del duque de Orleans, único candidato monárquico que podía oponerse seriamente á Luis XVIII. Aquel nombre causaba la más profunda sorpresa, pues los principios y antecedentes políticos del duque de Orleans, lo

mismo que su persona, eran entonces muy poco conocidos en provincias. Su nombre no era bastante á entusiasmar al paisanaje de Grenoble, al extremo de arriesgar vida y hacienda en un movimiento revolucionario. Los militares eran más fáciles de arrastrar, con la idea de derribar un gobierno odioso y limpiar el suelo patrio de 150.000 soldados extranjeros acampados en las plazas fuertes del Norte y del Este; para ellos, el duque de Orleans no era un pretendiente al trono, sino un cómplice de sangre real, cuya misteriosa intervención era una garantía de éxito para la *Independencia nacional*.

Didier necesitaba masas populares que uniesen su acción á la de los militares, y fué á buscarlas en las poblaciones rurales de las inmediaciones de Grenoble. El licenciamiento del antiguo ejército imperial acababa de esparcir 250.000 hombres por todo el reino. Los soldados y oficiales licenciados eran numerosos, sobre todo en los departamentos fronterizos. El del Isère ofrecía á Didier elementos de una verdadera fuerza militar insurreccional, y éste trató de organizarla en torno de Grenoble, teniendo por principales auxiliares el coronel retirado Brun, alcalde destituido del pueblo de Quaix, y apodado el *Dromedario* por haber mandado el cuerpo de caballería de este nombre, organizado en Egipto contra Murad-Bey y sus mamelucos; M. Brunet, notario de Los Adrets; el propietario Clement y el maestro de postas Santón, de Lumbin y otros oficiales, propietarios y empleados de la región. Meses antes, el general Drouet-d'Erlon, refugiado primero en Montferra y luego en Grenoble, fué á visitar al coronel Brunet, en cuya casa solían reunirse los conspiradores. Aquella visita de pocas horas sugirió á Didier la idea de una nueva fábula, haciendo figurar al conde de Erlon en el número de los altos personajes que convertía en cómplices imaginarios, aunque este general se había ya refugiado en Munich. Didier aseguraba que Erlon se hallaba oculto en Ginebra, esperando que estallase la insurrección para venir á tomar inmediatamente el mando militar de la misma. Como para los antiguos soldados del Imperio y las masas rurales de aquella región el duque de Orleans no era ni podía ser más que uno de tantos Borbones vueltos á Francia en seguimiento del enemigo, adversario de la Revolución y de la gloria nacional, Didier evocaba el nombre de Napoleón, aunque no pronunciándolo sino con cierta reserva. Aquella contradicción entre las esperanzas que alentaba en la muchedumbre de conspiradores y al objeto real de su empresa, le colocaba en una situación falsa.

A últimos de abril, el trabajo de Didier tocaba á su término. Después de tres meses de una actividad infatigable, había conseguido anudar al fin los diferentes hilos del complot.

Los conspiradores tenían preparado el golpe para el día 4 de mayo á las doce de la noche. Grenoble se halla dividido en dos partes por el Isère; los barrios de la margen derecha, hacia Voreppa y Quaix (camino de Lyon), están dominados por la *Bastilla*, montaña cónica, cuya base, rodeada entonces de un muro medio derruido, penetraba en la plaza, y cuya cúspide se halla coronada por una vieja torre. Los barrios de la margen izquierda tenían tres puertas, la de Bonne, la de Graille y la de los Tres Claustros, cuyos caminos se

juntan en las afueras y en la encrucijada llamada de la Cruz Roja, donde la carretera de Gap, después de haber atravesado Lamure, Vizille y la aldea de Eybens, empalma con las carreteras que bajan del Oisans y de la parte del Gresivaudan situada á la izquierda del río. Estaba convenido que el coronel Brun y la gente de Quaix, separados de los demás insurrectos por el Isère y parte de la ciudad, iniciarían el movimiento á la entrada de la noche, escalando la Bastilla y encendiendo en lo alto de la torre fogatas que habían de ser repetidas en las alturas de Eybens, al otro lado de Grenoble. A esta doble señal, los insurrectos de Lamure y de Vizille, reunidos á la caída de la tarde en el bosque de Echirrolles, próximo á Eybens, á una legua de la ciudad, los del Oisans y el Gresivaudan y los carabineros de Pontcharra, puestos en camino por la mañana y apostados á poca distancia de Grenoble, habían de marchar hacia la encrucijada de la Cruz Roja para juntarse y avanzar en columna cerrada hasta la puerta de Bonne, que los conjurados del interior tendrían abierta. De esto último estaba encargado el comandante Biollet, que á la señal de la Bastilla había de hacer prender al general Donnadieu en su propia casa, ir luego con el grueso de sus compañeros á la puerta de Bonne, penetrar en el cuerpo de guardia, merced á la consigna dada por uno de los sargentos comprometidos, desarmar á los soldados y abrir paso á los insurrectos del exterior. Los conjurados estaban seguros de que, una vez reunidos en el interior de la ciudad, los habitantes y la guarnición secundarían el movimiento; y Didier esperaba aprovechar, el día siguiente, la afluencia de campesinos que suele haber los domingos en Grenoble, para proclamar á Napoleón II, apoderarse en menos de cuarenta y ocho horas de Lyon y poco tiempo después de toda Francia.

El día 3 de mayo, Didier entregó á Jouannini, para que lo hiciera circular de mano en mano, un aviso en forma de invitación á una boda para el día siguiente. Pero este aviso, que llegó la noche misma á manos de los conjurados de Quaix, Vizille, Lamure y principales aldeas del Gresivaudan, no llegó hasta la tarde del día siguiente á los insurrectos del Oisans y á los carabineros de Pontcharra. Pero antes de seguir á los sediciosos en su ataque á Grenoble, conviene decir con qué fuerzas iban á luchar.

La dirección superior de las tropas y de la administración del departamento del Isère estaba confiada al teniente general Donnadieu, comandante de la división militar, al conde de Montlivault, prefecto, y á Armand de Bastard de l'Etang, comisario general de policía. El primero ambicionaba su ascenso y esperaba la ocasión de prestar algún señalado servicio á la monarquía; el segundo, ex intendente general de la emperatriz Josefina y uno de los palaciegos que más habían molestado á Napoleón con sus peticiones y lisonjas, se había pasado á los Borbones á la caída de Bonaparte y desplegaba en sus demostraciones de reciente dinastismo la violencia propia de los ambiciosos que tienen necesidad de hacer olvidar un pasado político; Armand de Bastard se contentaba con brillar en los salones y hacer conquistas femeninas. Rivales de posición y de influencia, Donnadieu y Montlivault se hallaban constantemente en lucha abierta. Si el uno denunciaba ma-

nejos sediciosos ó se creía sobre la pista de un complot, el otro desmentía en seguida el descubrimiento ó lo declaraba insignificante. El general acusaba al prefecto de tibio é incapaz, y éste se defendía llamando á su rival visionario y aturdido. Sin embargo, habían coincidido ambos en pedir á sus respectivos ministros un aumento de guarnición, á consecuencia de informes dados al general por los gendarmes y al prefecto por los curas acerca de la agitación sorda que reinaba en las poblaciones rurales. A principios de 1816, Grenoble no encerraba más que dos ó trescientos soldados de la legión del Isère, una compañía de infantería departamental, otra de guardia nacional montada y unos cuantos gendarmes, en todo unos quinientos hombres. En marzo, el ministro de la Guerra envió á Grenoble cincuenta dragones del Sena y unos trescientos cincuenta cazadores de Angulema, con cuyo refuerzo la guarnición se elevó á cerca de ochocientos hombres.

Los informes que habían motivado el envío de estas fuerzas se apoyaban en preparativos reales de insurrección, pero no señalaban más que apariencias y sordos rumores; aunque eran más de mil las personas comprometidas en el complot, el secreto era guardado religiosamente. Algunas señales de impaciencia, alguno que otro grito de ¡viva la libertad! ó de ¡viva el emperador!, ciertos pasquines anunciando el próximo advenimiento de Napoleón II, pusieron á la policía sobre aviso. Pero no pasaban de ahí las indiscreciones, y las autoridades estaban tan tranquilas, que el prefecto, el general y los principales funcionarios se disponían á salir de Grenoble con parte de la guarnición, para ir á saludar á la duquesa de Berry, en su camino de Marsella á París, cuando el prefecto recibió aviso de que se observaba en la plaza cierta efervescencia anormal. Esto aconteció el 2 de mayo. Inmediatamente se organizaron patrullas que recorrían los barrios populares de la ciudad y sus arrabales. El día 3, Montlivault recibió la confidencia de un peón caminero, que declaró haber oído decir á varios paisanos y militares, reunidos en un café, que se preparaba una insurrección para dentro de dos días; que todo estaba dispuesto y que doscientos de los conjurados tenían que reunirse en armas en el Jardin-de-Ville para apoderarse de las autoridades. Se mandó comparecer al dueño del café y á varios parroquianos; el prefecto, el juez presidente del Tribunal prebostal y el comisario de policía abrieron una información, practicaron registros domiciliarios y prendieron al comandante Ravix y á tres ó cuatro paisanos.

Al saber que el prefecto había tomado aquellas medidas, el general Donnadieu montó en cólera porque no le habían consultado ni advertido; tuvo con Montlivault acaloradas discusiones, negó el concurso de las tropas para toda clase de medida de seguridad, y se hubiera dejado sorprender por la insurrección, á no haber tropezado en la calle con un teniente vestido de paisano, por debajo de cuya levita asomaba la empuñadura de un sable y que era precisamente uno de los oficiales encargados de apoderarse de él aquella misma noche. El teniente llevaba además ocultas dos pistolas de arzón; inmediatamente fué preso é incomunicado.

A la noticia de los arrestos mandados practicar el día antes por el prefecto, el comandante Biollet, el capitán Jouannini y otro militar, encargados de dirigir el mo-

vimiento en el interior de la ciudad, habían huido, yendo á unirse con Didier en el bosque de Echirrolles. Semejante huida, que había de desorganizar necesariamente la acción de los conjurados de Grenoble, privándoles de sus jefes más resueltos, consternó á Didier. Pero era demasiado tarde para dar contraorden. El movimiento había empezado. Pequeñas partidas insurrectas bajaban de la montaña para juntarse en la carretera de Gap con el destacamento de Lamure, compuesto de unos 50 hombres, armados de escopetas por los hermanos Guillot, y mandados por el farmacéutico Buissón, ex oficial de sanidad de la guardia imperial. Pero al mismo tiempo que el destacamento se ponía en marcha á los gritos de ¡viva el emperador!, ¡viva Napoleón II!, un teniente de alcalde de Lamure, llamado Chuzin, corría por los atajos á dar aviso al prefecto.

Didier pensó que presentándose á media noche á las puertas de Grenoble no corrían gran riesgo; si las encontraban cerradas, resultaba fracasada la intentona y los insurrectos se volvían tranquilamente á sus casas; si encontraban las puertas de la ciudad abiertas, era prueba de que los conjurados del interior lo tenían todo dispuesto y el éxito era seguro. Al ver, pues, á las diez de la noche, en lo alto de la Bastilla, las fogatas que le anunciaban que el coronel Brun y la partida de su pueblo ocupaban aquella posición, no vaciló en hacer repetir la señal en las alturas de Eybens y hacer partir un primer destacamento compuesto de unos 200 hombres, engrosados en el camino por un centenar de curiosos. Serían las once cuando llegaron á los primeros edificios de Grenoble.

Mientras tanto, el general Donnadieu había mandado distribuir municiones á la tropa y poner sobre las armas hasta el último soldado. Hubiera podido evitar el conflicto con sólo disponer que se cerrasen las puertas de la ciudad á la hora de costumbre; los insurrectos no podían tomar aquella gran plaza fuerte con sus escopetas y sus palos; obligados á detenerse al pie de las murallas, se hubieran dispersado al primer tiro disparado desde arriba, y hubiese abortado la conspiración sin derramamiento de sangre. Pero, deseoso de hacer méritos, hizo dejar las puertas abiertas, mandó á la Bastilla la mitad de la compañía departamental y una compañía de guardias nacionales, mientras que cincuenta cazadores de Angulema, precedidos de un destacamento de guardia nacional montada, salían camino de Eybens. Un cuarto de hora después de haber salido este último destacamento, su comandante, Lestelet, volvía á galope tendido para anunciar al general que su tropa había encontrado á los insurrectos cerca de la ciudad, pero que, intimidada por su resolución y por su número, había vuelto grupas y se retiraba á la desbandada. Donnadieu transmitió en el acto á Vautré, coronel de la legión del Isère, que tenía su tropa sobre las armas en el patio del cuartel, la orden de marchar inmediatamente contra los insurrectos. La legión encontró en la puerta de Bonne á los cazadores de Angulema que volvían en el mayor desorden, seguidos de cerca por los campesinos.

El entusiasmo de éstos no se había resentido de la ausencia de las partidas del Oisans y de los carabineros de Pontcharra, que creían encontrar en la Cruz Roja, pero que habían recibido demasiado tarde el aviso para